

MIRANDO CON LENTES AQUEL CERTIFICADO QUE PRUEBA QUE NACÍÓ...

Amparo Hurtado
Universitat de Barcelona

El tema de estas páginas es la edad de las mujeres, concretamente la *edad escrita* de las memorialistas españolas de la llamada Generación del 98. No me parece una exageración afirmar que las mujeres en general se han resistido a confesar cuántos años tienen - o nos hemos resistido-, como mínimo, a confesarlo con exactitud, de modo que quitarse años ha sido un hábito social típicamente femenino a lo largo de siglos.

Mi propósito inmediato no es contemplar esta conducta como producto de unos patrones culturales y socio-económicos tradicionales, superados (o no) ya, ni tampoco emitir juicios morales o psicológicos al respecto; sino constatar un hecho concreto: que dicho comportamiento - que una mujer oculte su edad- se ha trasladado a los relatos autobiográficos, convirtiéndose en una estrategia textual característica de las *autobiografías y memorias femeninas*, incluso modernas.

Para analizar este asunto podemos partir de una definición general de este tipo de textos. Según Philippe Lejeune, el género autobiográfico corresponde, "casi siempre, a textos referenciales (de no-ficción) y auténticos, en los que el autor habla de su propia experiencia personal"¹. Esta definición, que engloba autobiografías, memorias, diarios y *correspondencias*, resulta sumamente operativa a nuestro propósito porque implica para empezar la exclusión de los textos de ficción y de los textos biográficos.

No hay que pasar por alto de todos modos que la frontera entre biografías y autobiografías es delicada de trazar. Ambos tipos de relato se proponen presentar la historia de una personalidad y, como suele decirse, "traducir en palabras una vida". La diferencia esencial entre ellos

¹ Ph. Lejeune, "Los inventarios de textos autobiográficos", *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos*, nº 2, Barcelona, PPU, 1997, p. 55.

no es de carácter temático, sino formal. En las autobiografías, cualquiera que sea la persona gramatical usada en la narración, es imprescindible que haya identidad entre autor, narrador y personaje (A=N=P), mientras que en las biografías no la hay (A=N≠P). La escritura autobiográfica tiene además otra condición que la define: el vínculo pragmático de veracidad que establece entre autor y narrador. En esta intención de ser veraz, que Gérard Genette² ha denominado *dicción* (por oposición a la *ficción*), y no en el uso del pronombre de 1ª persona, radica la función principal de la escritura autobiográfica y su peculiaridad constitutiva; de ahí, también, su valor como testimonio histórico e incluso su valor jurídico. En cambio, su valor literario es condicional, dependiendo de cada texto.

Pese a estas distinciones, tanto las autobiografías como las biografías coinciden en narrar la historia de una existencia, por lo general ordenando cronológicamente sus episodios. En esta última clase de relatos, los años de nacimiento y, en su caso, de muerte de la persona biografiada se convierten, junto con su nombre, en sus señas de identidad, en las marcas temporales mínimas para testimoniar su existencia. Así, ya en el capítulo I, titulado "Nace una niña", de la biografía *Vida de mi madre Concha Espina*, escrita por Josefina de la Maza, aparece la fecha de nacimiento de la novelista, certificada, además, mediante una cita literal de su partida de bautismo:

"A quince de abril de mil ochocientos sesenta y nueve, yo, don Amalio Cereceda, cura ecónomo de la parroquia de la catedral de esta ciudad de Santander, bauticé solemnemente a Concepción Jesusa Basilisa [Espina Tagle], que nació el mismo día a las doce de la mañana".³

Y en el capítulo final [XXII] de la misma biografía, titulado "Últimos años de Concha Espina. La hora de Dios", la autora termina relatando la muerte de su madre, ocurrida en Madrid, en 1955.

Lógicamente, en las autobiografías no se pueden indicar *ambas* fechas. Quizás por eso, suelen decantarse hacia el primer extremo de la narración, hacia el nacimiento y la infancia del protagonista. Según la interpretación de Georges May⁴, mientras que el biógrafo construye a su personaje avanzando cronológicamente del nacimiento a la muerte o, por

²G. Genette, *Ficción y dicción*, Barcelona, Editorial Lumen, 1993, p. 11-34.

³Josefina [de la Serna] de la Maza, *Vida de mi madre, Concha Espina*, Madrid, Editorial Magisterio Español, 1969, p. 18.

⁴Georges May: *La autobiografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, p.184-200.

así decir, mientras que su personaje se construye *envejeciendo* hacia el punto de llegada, el autobiógrafo procede a la inversa, retrospectivamente, remontándose hacia el punto de partida. Para éste, el futuro no es como para el biógrafo un principio de construcción, sino lo que le conduce de forma inevitable a la muerte. Por lo tanto, se vuelve hacia su pasado y busca en sus orígenes y primeros recuerdos a fin de descubrir el sentido de su vida y de su personalidad. El nacimiento en suma se convierte en el punto de referencia básico en el que confluyen las biografías y las autobiografías.

No obstante todo lo cual, el año de nacimiento no consta en multitud de autobiografías y memorias femeninas. O se altera. Son muchas las escritoras de memorias que no dicen o mejor dicho que *no escriben* en sus relatos autobiográficos su fecha -o su fecha real- de nacimiento, de forma que se produce en ellos un silencio constante, repetido, que no puede interpretarse más que como un silencio deliberado, como una estrategia retórica; una ausencia textual que equivale, en definitiva, a un *grado cero* cronológico de la escritura autobiográfica.

Como venimos diciendo, hay múltiples ejemplos (Teresa de Ávila, Emilia Pardo Bazán, Gertrudis Gómez de Avellaneda, María Teresa León...) de este grado cero, aunque no se trata de un universal femenino, en particular en la actualidad, ni tampoco de una estrategia *exclusivamente* femenina⁵; pero sí, a juicio mío, de una variable de género. Para verificarlo, he preferido revisar las autobiografías y memorias de escritores y escritoras de una misma época, de un mismo contexto, lo que podríamos llamar el memorialismo noventayochista (o finisecular o del novecientos o moderno), época en que el género

⁵Hay por supuesto numerosos contra-ejemplos. Véanse algunos:

A) "Con cierta coquetería afirma Joaquín Belda, el célebre autor de *La Coquito*: "En la calle de Cuatro Santos, de Cartagena, [...] nací el 5 de octubre del año de sonrisas de 1883". Sin embargo, parece ser que nació en 1880". Anna Caballé, *Narcisos de tinta*, Málaga, Megazul, 1995, p. 165.

B) "Bosquejo autobiográfico" de Carmen Martín Gaité: "Nací en Salamanca, el 8 de diciembre de 1925, a las doce de la mañana de un día frío y soleado." Carmen Martín Gaité, *Agua pasada*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1993, p.11.

autobiográfico empezó a cobrar auge en los medios literarios y culturales españoles: los resultados han sido más que positivos.

Salvo excepción, los autores de memorias escriben cuándo nacieron. La frase canónica de la fecha de nacimiento abre por ejemplo la brevísimas *Vida* de Antonio Machado, redactada en 1917:

"Nací en Sevilla una noche de julio de 1875 en el célebre palacio de las Dueñas, sito en la calle del mismo nombre".⁶

Es habitual encontrar ese "nací" más su correspondiente fecha, en el párrafo de apertura de muchas autobiografías y memorias, pero la situación de la frase en el principio del texto no es obligatoria. Así, menos ortodoxamente, Azorín la incluye en el último capítulo de sus - algo estrambóticas- *Memorias inmemoriales*, pero sin dejar de explicitarla con detalle:

"No conozco al autor de estas páginas; para mí es muy difícil conocerle. Sé de él lo que, poco más o menos, sabe todo el mundo. Nació en Monóvar, provincia de Alicante, el domingo 8 de junio de 1873, a las tres y media de la madrugada".⁷

Lo mismo Pío Baroja. En sus memorias, siete volúmenes titulados *Desde la última vuelta del camino*, se demora volumen y medio para incluir la frase canónica de toda autobiografía, pero finalmente aparece ésta:

"He nacido en San Sebastián el 28 de diciembre de 1872, en la casa número 6 de la calle de Oquendo".⁸

Otro tanto pasa con las autobiografías de personas que no tuvieron el oficio de escritores, como es el caso, por ejemplo, del editor Manuel Aguilar, cuyas memorias redactadas cuando se jubiló comienzan con las siguientes palabras:

"Nací el 1 de enero de 1888, en una comarca montañosa de Valencia. Escribo estas Memorias en 1963".⁹

Lo notable, de hecho, no es que aparezca la fecha sino que no aparezca, como tan a menudo ocurre con las memorias y autobiografías de las escritoras. El primer ejemplo que propongo considerar pertenece

⁶Antonio Machado: *Poesía y prosa*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1964, p. 51.

⁷Azorín: *Memorias inmemoriales* [1946], Madrid, Biblioteca Nueva, 1982, p. 1323.

⁸Pío Baroja: *Desde la última vuelta del camino*; vol. II, *Familia, infancia y juventud* [1944], Madrid, Ed. Caro Raggio, 1982, p. 91.

⁹Manuel Aguilar Muñoz, *Una experiencia editorial*, Madrid, Aguilar, 1963, p. 9.

al capítulo I de las memorias inéditas¹⁰ de Carmen Baroja, tituladas *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*:

"Dividiré mis recuerdos en las épocas más trascendentales de mi vida en las que se dividen mis diferentes maneras de vivir (...). La primera, de la niñez, desde que empiezan los primeros recuerdos, hasta que viene la juventud, o sea, desde el año 1887, en que vinimos a Madrid desde Pamplona, donde yo nací, hasta 1902 en que nos fuimos a vivir a la calle de Mendizábal".

"Desde Pamplona, donde yo nací"... pero ¿cuándo? No se especifica ni aquí ni más adelante. La maniobra sirve, claro, para no decir la fecha exacta de su nacimiento -1883-. En contraste, a lo largo de sus memorias Carmen Baroja fecha los demás episodios que va narrando. Que lo que intenta con esta estrategia no es más que quitarse un par o tres de años se percibe claramente cuando páginas después dice tener trece años cuando tenía quince; o cuando en el último capítulo escribe: "Ahora que he cumplido sesenta años" y tiene sesenta y tres. En lo tocante a su propia edad, nunca concreta.

Mucho menos moderada fue Carmen de Burgos, la popular escritora de novelas cortas que firmaba con el seudónimo de Colombine. Desde que en 1901 llegó a Madrid, resuelta a vivir como una mujer independiente y moderna, se inventó una personalidad literaria y empezó por quitarse entre diez y doce años. Poco después, se vio en la necesidad de no desmentirse nunca, ya que cuando en Madrid se supo que ella y Ramón Gómez de la Serna eran una pareja de hecho, se armó un gran escándalo sobre todo porque Colombine era, supuestamente, diez años mayor que él. ¡Qué no hubiera pasado de saberse que, en verdad, tenía veintiún años más! Al parecer, ni siquiera el propio Gómez de la Serna lo supo, de modo que sobre este particular Colombine fue espectacularmente convincente.¹¹

Como ya puede suponerse, fue poco propensa a las declaraciones autobiográficas; pero como a principios de siglo editoriales

¹⁰En preparación.

¹¹Una partida de bautismo de Colombine "milagrosamente salvada" entre los papeles de su expediente de maestra, ha probado que nació en 1867, y no en 1879 como ella hizo creer. Concepción Núñez Rey, *La Flor de la playa y otras novelas cortas de Colombine*, Madrid, Ed. Castalia, 1989, p. 11.

y prensa las exigían, Colombine tuvo que redactar una autobiografía como prólogo de una de sus novelas cortas. Compuso entonces un texto breve, con muchas precisiones de lugar; pero sin fechas:

"Yo me crié en un lindo valle andaluz, oculto en las estribaciones de la cordillera de Sierra Nevada, a la orilla del mar, frente a la costa africana. En esta tierra mora, en mi inolvidable Rodalquilar, se formó libremente mi espíritu y se desarrolló mi cuerpo. Nadie me habló de Dios ni de leyes, y yo me hice mis leyes y me pasé sin Dios"...¹²

Por diferentes motivos, tampoco Gregorio Martínez Sierra, seudónimo literario de María Lejárraga, fue amiga de la escritura autobiográfica. Su vida profesional y su vida privada fueron tan difíciles que, en general, se negó a decir palabra sobre sí misma¹³. Aún así, por razones de subsistencia en el exilio, a los setenta y nueve años parece que se vio obligada a publicar dos libros autobiográficos, que firmó con el nombre de María Martínez Sierra, pero que seguían evitando hablar de sus conflictos personales: *Una mujer por los caminos de España y Gregorio y yo*. Éste último arranca con su boda; pero en el anterior, tras explicar sus campañas políticas durante la Segunda República en favor del partido socialista, incluye, al final y casi por sorpresa, un relato de infancia. Tampoco aparece la fecha de nacimiento en todo el relato:

"Aquella tarde de diciembre nevaba copiosísimamente. Envuelta en los copos de nieve, vino a la tierra un alma a encarnarse en el cuerpo de una niña que iba a salir a la luz. Sin duda, en el largo viaje, el alma cogió un poco de frío para toda la vida"...¹⁴

Uno de los casos más perturbadores de este grado cero autobiográfico quizás sea el de la escritora malagueña Isabel [Oyarzábal] de Palencia. Sus memorias, *I must have liberty*¹⁵, se publicaron en 1941, en Nueva York, donde la autora se exilió al terminar la Guerra civil española. Son unas memorias sumamente anglosajonas, por así decir, pues al contrario de lo que tantas veces se le reprocha al memorialismo

¹²Carmen de Burgos, *Colombine: Al balcón*, Valencia, Editorial Sempere, 1913.

¹³Antonina Rodrigo: *María Lejárraga, una mujer en la sombra*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992.

¹⁴María Martínez Sierra: *Una mujer por los caminos de España* [1952], Madrid, Editorial Castalia, 1989, p.258. Introducción de Alda Blanco.

¹⁵Isabel [Oyarzábal] de Palencia: *I must have liberty*, New York-Toronto, Longmans Green, 1941.

hispano, Isabel de Palencia no temió narrar su vida íntima ni sus fracasos personales, amén de su vida profesional: la soledad del internado, el descubrimiento del sexo, el problema religioso de su madre, protestante, y la consecuente hostilidad de la sociedad malagueña, sus primeros éxitos como periodista, su boda en Madrid, el adulterio de su marido, la militancia socialista, su participación en la guerra.

Sin embargo el suyo es un texto casi sin fechas. No sólo no sabemos cuándo nació; Isabel de Palencia, para no delatar su edad, por no decir cuántos años tenía en cada episodio de su vida, no fecha casi nada y, como resultado, en ausencia de estas referencias temporales, se desarticulan sus memorias y se desdibuja su personalidad: como si no tener edad supusiera borrar la propia historia.

Así pues, lo que en estas páginas hemos venido llamando grado cero de la escritura autobiográfica es un silencio cronológico que se produce con frecuencia en el memorialismo femenino (o se producía), acarreado consigo diferentes connotaciones retóricas, estilísticas y discursivas. En este tipo de relatos, la ausencia de fecha de nacimiento altera el código autobiográfico, su estructura canónica y las referencias históricas; también puede condicionar la coherencia discursiva global y, sobre todo, lesiona el compromiso pragmático de veracidad, inherente a la escritura autobiográfica. El grado cero, por tanto, interfiere y puede llegar a impedir el pacto autobiográfico.

Una excepción para que confirme la regla: las únicas memorias femeninas de esta época, con la fecha de nacimiento explícita, que hemos podido encontrar han sido las de la infanta Eulalia de Borbón:

"Yo nací el 12 de febrero de 1864, hija menor de Isabel II y en días de agitación, de tumulto, de luchas y de intrigas"...¹⁶

Claro que en España cuando nacía una infanta se descargaban quince salvas de cañón...

¹⁶Eulalia de Borbón: *Memorias (de 1864 a 1931)*, Buenos Aires, Editorial Juventud Argentina S.A., 1935, p. 14.